

Inscripciones -ayudamemoria

Marcelino García

Edito todos juntos y de seguido dos notas publicadas originalmente en la revista *Superficie* y tres posteos en el muro de *Facebook* de *Continuidades*, escritas por mí casi sobre la marcha y las noticias, a modo de registro mnemosemiótico y comunicativo en relación con algunas efemérides que van hilvanando ciertos discursos y relatos de distintos campos.

(I)

Nombres y fechas que entretejen la historia (17/04/2014, *Superficie*)



Las fechas y los nombres propios no son insignificantes, por diferentes razones, como puede saber y sentir cualquiera que piense, por ejemplo, en su propio nombre y fecha de cumpleaños o recuerde un nombre cercano y un aniversario de nacimiento o muerte ligado a sus afectos. Una fecha es más que números, cifras, una cantidad (que también es cualidad); su procedencia latina de “*facta*” llega hasta la palabra “*data*”, bastante usada en muchas conversaciones y negociaciones y quiere decir tiempo en que ocurre o se hace algo e indicación del lugar y tiempo, cada uno de los días que transcurren desde uno determinado (Diccionario RAE). La vida propia, la ajena y la con-vivencia están marcadas en gran medida por las fechas y el sentido que le asignamos. El nombre propio nos designa e identifica y tiene tantos significados como los que les vamos dando o van recibiendo de los demás a lo largo de nuestras vidas y aún antes y después de nacer y morir. Y algunos nombres y ciertas fechas entretejen la Historia, tienen una historia relevante que merece ser contada y recordada.

2014 es un aniversario sumamente significativo en la historia mundial, al cumplirse cien años del estallido de la Gran Guerra, que el historiador Eric Hobsbawm toma como corte

inicial de su relato sobre el “siglo veinte corto”. También es un año importante para el mundo de las ideas, por algunos acontecimientos relacionados con prominentes nombres propios de distintos campos sociales (filosofía, ciencias sociales, literatura, periodismo): Charles Sanders Peirce (1839–1914), Julio Cortázar (1914–1984), Juan Gelman (1930–2014), Ernesto Laclau (1835–2014), Eliseo Verón (1935–2014). Cinco trayectorias que sustentan el respectivo “nombre de autor” reconocido en todo el mundo.

Este año se celebra con un Congreso Internacional en Estados Unidos el centenario de la muerte de Peirce, considerado por otros tantos autores como el filósofo estadounidense más importante y por Karl Popper “uno de los filósofos más grandes de todos los tiempos”. Definió su “forma de vida” a partir del pensamiento y el conocimiento incesante en todas las áreas, de las que estaba al tanto y dominaba en su conjunto. Hijo del matemático norteamericano más respetado, él mismo adquirió renombre en matemática, lógica y semiótica, de la que fue el fundador, así como del Pragmatismo en filosofía. Además de los cortos períodos como docente en la Universidad y los viajes a Europa como empleado investigador de la Inspección Costera y Geodésica de los Estados Unidos, sobresale su empeño desde los “trece años” por el estudio sistemático de filosofía y casi todas las ciencias conocidas, y el pensamiento riguroso, paciente, marginal y algo solitario sobre todas la “cosas” en clave semiótica. Durante décadas diseñó y construyó el gran edificio de sus ideas cuyas piezas son los signos y que aún hoy seguimos visitando, explorando, admirando, estudiando y enseñando, por la cantidad de tesoros más o menos conocidos u ocultos entre las casi cien mil páginas que escribió pero de las que publicó bastante pocas en vida; no disfrutó de los grandilocuentes galardones de la academia ni del merecido reconocimiento a su talla intelectual y recién pasadas poco más de dos décadas de su muerte se promovió la edición y difusión de parte de su obra, que se sigue dando a conocer (la última selección en español es de 2012). Peirce apostaba fuertemente al diálogo, la cooperación, solidaridad, honestidad, en aras del conocimiento, con base en la “democracia” de la investigación, que no puede ser bloqueada ni concluida, puesto que se trata de un largo y trabajoso camino compartido por la comunidad en pos de lo mejor para todos.

Hace cien años venía al mundo Cortázar, quien consideraba su nacimiento circunstancial en Bruselas “un producto del turismo y la diplomacia” (por el cargo de su padre en la Embajada Argentina). Vino de niño con su familia a la Argentina, estudió y fue un tiempo profesor secundario en la provincia de Buenos Aires y universitario en Mendoza; se

radicó en París desde 1951, donde murió. Su novela *Rayuela* de 1963 es uno de los hitos innovadores más importantes de la literatura argentina y latinoamericana. En 1974 donó el dinero del premio *Médicis étranger* por el *Libro de Manuel* al Frente Unificado de la resistencia chilena; y ese año fue miembro del Tribunal Russell II para analizar la situación política en América Latina, con respecto a las violaciones de los Derechos Humanos. Reconocido internacionalmente no sólo por su ineludible e inconfundible creación literaria sino también por sus intervenciones públicas en cuestiones políticas y sociales, este año se hace en París un importante encuentro de homenaje, que suscita polémicas sobre la delegación oficial argentina.

El nombre de Gelman no puede ser soslayado en la historia del periodismo y la literatura de nuestro país, como lo prueban los premios “Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 2000” y “Miguel de Cervantes 2007” (fue el cuarto argentino que lo recibió luego de Borges, Sábato y Bioy Casares). Exiliado en México por la última dictadura militar, volvió a la Argentina en 1988 pero se radicó en aquel país, donde falleció. También es conocida su actuación política y más reciente y públicamente a raíz del secuestro y la desaparición de sus hijos y nuera, y la búsqueda y recuperación de su nieta en Uruguay. Con tanto camino transitado y el cuerpo jugado, todavía sentía la angustia y la responsabilidad de tener que asumir la palabra en la esfera pública y escribir una “contratapa” para un diario (*Página/12* en los noventa), y entonces recuerda las “viejas” redacciones en las que trabajó, cuando de la charla con los compañeros surgía un tema para una nota, ese tipo de “espacio de intercambio” donde Gelman “se relajaba escribiendo a máquina domésticos sonetos que dedicaba a sus compañeros” (rememora también C. Ulanovsky).

Laclau fue ayudante del sociólogo Gino Germani y creó con José Luis Romero la materia Historia Social en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; en 1955 fundó el grupo Contorno con otros intelectuales, Eliseo Verón entre ellos; radicado en el Reino Unido desde 1969, donde estudió con Eric Hobsbawm y se doctoró en la Universidad de Essex, en la cual fue profesor. De renombre internacional por sus trabajos en teoría política (entre los últimos, *La Razón Populista*), con seria preo-ocupación, en línea pos-marxista y estructuralista, con otros cruces disciplinares en torno de cuestiones como hegemonía, emancipación, diferencia, contingencia, universalidad, discurso e ideología, retórica política, sujeto, y ampliamente discutido en el ámbito académico inter/nacional y latinoamericano.

Verón se formó en Filosofía en la Universidad de Buenos Aires y obtuvo una beca para estudiar en el Laboratorio de Antropología Social del *Collège de France* con Claude Lévi-Strauss (tuvo a su cargo la traducción de *Antropología estructural*); fue profesor del Departamento de Sociología de la UBA y dirigió el Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Di Tella (1967–68), se radicó en Francia entre 1970 y 1995, donde obtuvo el diploma de Doctor de Estado en la Universidad de París VIII; y fue profesor de la Sorbona entre 1987 y 1992. Entre 2000 y 2006 dirigió la Maestría de Periodismo de la Universidad de San Andrés. Con Oscar Steimberg, Juan Carlos Indart y Oscar Traversa fundaron en Buenos Aires en 1974 la revista *Lenguajes*, que impulsó el desarrollo de la semiótica en el país y fue el primer presidente de la Asociación Argentina de Semiótica. En 2013 actuó como *amicus curiae*, a favor del Grupo Clarín, en la audiencia de la Suprema Corte de Justicia por la Ley de Medios. Más allá de su destacada tarea intelectual en semiótica y comunicación social, con importantes aportes a la teoría, la investigación, la docencia y la práctica, su muerte reciente nos “toca” de cerca a algunos docentes y estudiantes de la Universidad de Misiones, por las relaciones académicas y personales mantenidas en diferentes momentos de los últimos años en el marco de la Maestría en Semiótica Discursiva, de la que era profesor y por lo que dictó cursos en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales y conferencias públicas en Posadas, organizadas por el Programa de Semiótica.

Este breve cuadro de semblanzas exhibe hilos interdiscursivos para armar tramas posibles sobre un estadounidense y cuatro argentinos. El año que muere uno nace otro, algunos nacen y fallecen el mismo año; uno hacía varios viajes importantes a otro continente y regresaba al pueblo y la casa junto a su esposa enferma donde vivía en estado de relativa pobreza y aislamiento; otros se exiliaron, residieron o vivieron algún tiempo o el resto de sus vidas en el exterior, donde murieron; en mayor o menor medida cobraron notoriedad en su esfera específica de labor y en otros ámbitos por sus actuaciones públicas, posicionamientos políticos y sociales y compromisos con determinadas “causas”; los argentinos mantuvieron el compás al andar o viraron ligeramente el rumbo en ciertos contextos históricos, con declaraciones e iniciativas explícitas o no respecto de la situación y el gobierno de turno en la Argentina, en cierta sintonía con el proyecto en cuestión cada vez o en abierta oposición (el caso de Gelman y Laclau por un lado y Verón por el otro en el último período); algunos se conocían y leían entre ellos, Verón estudió y siguió a Peirce en la misma disciplina.

“Migrantes” a su manera, incursionaron de manera incansable distintos territorios del pensamiento y el conocimiento, más allá de ciertas fronteras y sus vigilancias. Todos dedicaron su tiempo, razón y pasión al trabajo con el lenguaje, el discurso y la escritura, la maraña de los signos, el estudio y la indagación continua, la reflexión profunda y la creatividad, la práctica crítica y la conversación pública seria sobre el tiempo y el mundo que les tocó vivir y que querían contribuir a desentrañar, enriquecer y comprender.

Serán recordados por lo mucho que leyeron y escribieron: acaso ahí radique lo que se “cifra en el nombre”.

(II)

García Márquez: un “caribe” con aires y estelas de todos los mares (19/04/14: Superficie)

Un jueves santo, como uno de sus personajes, Gabriel García Márquez dejó El reino de este mundo, para indicar uno de los vínculos posibles con otro trabajador de la palabra literaria y periodística, de otras playas calientes cercanas, Alejo Carpentier, quien también concebía al periodista como una “forma de historiador”, “el cronista de su tiempo” y “el novelista del futuro”, y observaba que “casi todos los grandes escritores, novelistas, historiadores que vivieron de comienzos del siglo XIX hasta hoy, fueron también admirables periodistas” (“Intervención en el periódico *Granma*” de La Habana).



Es célebre el consejo y lema de Tolstoi: “Pinta tu aldea y serás universal”. García Márquez creó un universo local(izado), que denominó Macondo en una de sus novelas cumbre, luego se enteró que ese era el nombre de un árbol cuya madera se trabajaba con distintos fines (pero pensaba que “su” libro, el que “quedaría” con el tiempo sería *El amor en los tiempos del cólera*), donde cabía la “todo-posibilidad” (una expresión de Macedonio Fernández, otro de nuestros genios de las letras); pero que no era un lugar totalmente ficticio,

inventado desde la nada, sino que, como todas las historias literarias que en su opinión anclan en una realidad, fue configurado a partir de su propio mundo vital y biográfico y originado en parte por cierta familiaridad que observó entre esas comarcas colombianas en las que nació y transcurrió su infancia y el sur estadounidense descrito por Faulkner, a partir de ciertos parecidos y los aires de familia entre esos dos territorios marcados por la multinacional *United Fruit Company*. Más acá o más allá de esas lindes rearmó las tramas de su universo literario, arraigado en su propio lugar pero representado e interpretado con la amplia paleta de colores y sabores que conocía y sentía, en cuyos rincones llenos de misterio y magia transcurren los trabajos y los días de esas estirpes que tienen muchos de los rasgos y trazos de las mujeres entre las que el mismo autor vivió y quería rememorar de alguna manera. Un mundo y un discurso que fue enmarcado en el llamado “realismo mágico” y ahí es ineludible la conjunción tomada en su obra como “natural o normal” entre la realidad y lo mágico-maravilloso, así como las complejas dimensiones de lo real cotidiano, con fuerte raigambre en las matrices culturales populares en su caso. Desde ahí producía el “extrañamiento” y una nueva comprensión respecto de ese mundo de todos los días, que “aprendió” a rever y reordenó con la toma de distancia a partir de su viaje a Europa y estadía en París. Así protagonizó con otros escritores el denominado “Boom latinoamericano” en los 60 y 70.

García Márquez definía sus incursiones literarias, periodísticas y cinematográficas como “otra manera de contar la vida”, esa que vivía él mismo, su familia, su tribu, su pueblo, su país y alrededores. Y esta impronta define lo que considera el “trabajo con la palabra” que realizaba, para “retorcer el cogote al cisne”, que para él quería decir ensayar y sostener “otra mirada a la realidad” y una posición de “compromiso con toda su realidad”, no troceada en parcelas más o menos especializadas y desmembradas.

El proyecto creador de Gabo tiene una interesante historia más o menos conocida y recordada varias veces por él mismo. Cuando estudiaba Derecho en Bogotá leía y escribía en la pensión donde vivía (que por el incendio que sufrió perdió todo, hasta la máquina de escribir que le regaló el padre). Allí leyó *La metamorfosis* de Kafka, que lo “iluminó” e indicó el “camino” que decidió emprender, porque si “eso se podía escribir”, él quería escribir precisamente “eso” y de “esa” manera; y fue entonces que publicó sus primeros cuentos en *El espectador*, del que fue corresponsal en París más tarde, donde quedó “anclado” a la espera del cheque desde Colombia que nunca llegó, y por esa circunstancia se dedicó a escribir sin

descanso *Cien años de Soledad*, cuyo manuscrito envió a Buenos Aires donde fue publicada en 1967. Pero irónicamente, por cábala, nunca regresó a la Argentina desde entonces. Por esos tiempos de estudiante y principiante literario también comenzó su trayectoria periodística en *El Universal*. Sus itinerarios de escritura mantienen las estrechas relaciones entre literatura y periodismo, tanto que defendía el carácter de “género literario” del informe (reportaje), como lo demuestran las propias crónicas que conforman *Relato de un naufrago* publicadas en prensa y que fue lo primero que leímos algunos de nosotros en los primeros años de la escuela secundaria, para adentrarnos en ese intrigante mundo literario representado con un ritmo atrapante y difícil de cortar, como el autor mismo declaraba que se proponía lograr.

La galaxia de las obras de García Márquez es bastante conocida y muy valorada en todo el mundo así como su claro posicionamiento político. Entre las notas sobresalientes que nos importa señalar en esta ocasión, por el medio de que se trata y la tarea docente en formación de comunicadores y periodistas que llevamos a cabo, no es menor una tríada que preconizaba con énfasis respecto de la profesión: la narración, el periodismo de investigación y la ética, ese “zumbido de moscardón” que siempre debe sonar. Tres herramientas poderosas para el ejercicio del periodismo en el mundo actual y en el desafiante contexto de ese exigente y riesgoso quehacer. Antes y después de crear la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano en 1994, estaba convencido de que el periodismo es “el mejor oficio del mundo”; pero no es un trabajo de “escritorio” como suele practicarse y exhortaba “salir de las redacciones”, buscar las tantas e interesantes historias que están y ocurren por ahí, algunas más o menos ocultas o guardadas y otras a ojos vistas, llenas de ruido y furia, a la espera de ser escritas. Hay que animarse a enfrentar “la agitación del agua” (procedencia de “estela”) para reconocer y seguir las señales o los rastros que dejan los intrincados recorridos de los cuerpos y las cosas; y para identificar y relacionar en tramas reales y ficcionales los rastros y las huellas que se van dejando a lo largo de la vida de la gente y las culturas, porque “todavía no es tarde para crear la utopía contraria” a tantos relatos impulsados por los mismos vientos e interesados en determinar la excursión por emprender y proseguir.

Es así que alguien a la vez de su tiempo y espacio vital, “caribe” “mestizo” y “nómada”, narró su entrañable “cronotopo” (bio/geográficamente identificado con Aracataca) con un amplio despliegue de significaciones que sobrepasan esas fronteras y que seguiremos regenerando con cada lectura de sus textos. Esta posibilidad siempre abierta de participación

activa en la recreación de los cuentos y las novelas es uno de los regalos y legados más preciados que puede darnos un escritor.

(III)

Era en abril... las letras de Galeano siguen danzando y jugueteando

Posteo y pase de posta –“tarjeta grande con un letrero conmemorativo” (19/04/2015:

Facebook -Continuidades)



Si, como pensaba Bajtín, ser “es comunicarse” y no ser, la “muerte absoluta” es “no ser oído, no ser reconocido, no ser recordado”, Eduardo Galeano no terminará de atravesar los umbrales y seguirá en medio de la cancha haciendo repicar las palabras como la pelota de fútbol que lo apasionaba. En el taller de orfebre lenguajero se jugó su destino sudamericano conjetural, con los trabajos y los días de dos de los oficios cartográficos y memoriosos fundamentales: periodismo y literatura: “Ximena Dahm andaba muy nerviosa, porque aquella mañana iba a iniciar su vida en la escuela. Corriendo iba de un espejo al otro, por toda la casa; y en uno de esos ires y venires, tropezó con un bolso y cayó desparramada al piso. No lloró, pero se enojó: _¿Qué hace esta mierda acá? La madre educó: _Mijita, eso no se dice. Y Ximena, desde el piso, quiso saber: _¿Para qué existen, mamá, las palabras que no se dicen?” (“Malas palabras”).

Así abrió la boca del tiempo para que sonaran alto y claro muchas voces, de hombres y mujeres renombrados y anónimos, recordados en los anales de la historia y borrados u olvidados, de re/fundaciones, conquistas, injusticias, penurias, dolores, condenas, triunfos, fracasos, de vidas felices y tristes: “En la selva del Alto Paraná, un camionero me advirtió que tuviera cuidado. _Ojo con los salvajes _me dijo_. Todavía andan algunos sueltos por aquí. Por suerte, quedan pocos. Ya los están encerrando en el zoológico. El me lo dijo en idioma castellano. Pero no era esa su lengua de cada día. El camionero hablaba en guaraní, en la lengua de esos salvajes que él temía y despreciaba. Cosa rara: el Paraguay habla el idioma de los vencidos, Y cosa más rara, todavía: los vencidos creen, siguen creyendo, que la palabra es

sagrada. La palabra mentida insulta lo que nombra, pero la palabra verdadera revela el alma de cada cosa. Creen los vencidos que el alma vive en las palabras que la dicen. Si te doy mi palabra, me doy. La lengua no es un basurero.” (“La palabra”).

Contó lo que (se) cuenta y lo que se calla de los varios mundos que contiene el mundo, porque el ser humano y la vida están hechos de historias y merecen la pena ser contadas, compartidas, escuchadas, leídas, recordadas. “Hace unos cuatro mil quinientos millones de años, año más, año menos, una estrella enana escupió un planeta, que actualmente responde al nombre de Tierra. Hace unos cuatro mil doscientos millones de años, la primera célula bebió el caldo del mar, y le gustó, y se duplicó para tener a quién convidar el trago. Hace unos cuatro millones y pico de años, la mujer y el hombre, casi monos todavía, se alzaron sobre sus patas y se abrazaron, y por primera vez tuvieron la alegría y el pánico de verse, cara a cara, mientras estaban en eso. Hace unos cuatrocientos cincuenta mil años, la mujer y el hombre frotaron dos piedras y encendieron el primer fuego, que los ayudó a pelear contra el miedo y el frío. Hace unos trescientos mil años, la mujer y el hombre se dijeron las primeras palabras, y creyeron que podían entenderse. Y en eso estamos, todavía: queriendo ser dos, muertos de miedo, muertos de frío, buscando palabras” (“Mapa del tiempo”).

Otra vez dicho con la voz de Bajtín, “la última palabra del mundo y acerca de él todavía no se ha dicho, el mundo está abierto y libre” y algún sentido, camino y significado, tendrá que tener entonces escribir historias, porque muchos “Hablan de humanidad. Mi humanidad está en sentir que somos voces de una misma penuria”, resuena el verso de Borges y podría resonar la voz de Galeano en la mesa habitual del bar de Montevideo, cerca de su casa, donde se sentó los últimos años y sirven el café “Galeano”.

Observó deseoso los espejos, que tienen tantas vidas, gente, nombres, in/visibles, olvidados, presentes y ausentes, curiosos, condenados, rebeldes, pensadores, sentidores, preguntadores, y enhebró centenares de relatos en una posible historia casi universal, recreada pero pacientemente documentada, paradójicamente para un confeso “pésimo estudiante de historia”, porque “las clases de historia eran como visitas al Museo de Cera o a la Región de los Muertos” y su im/pulso lo llevó a los caminos a oír y a-notar las historias que andan y se viven por ahí, como se hizo desde la *primera averiguación*: “La vida, sin nombre, sin memoria, estaba sola. Tenía manos, pero no tenía a quién tocar. Tenía boca, pero no tenía con quién hablar. La vida era una, y siendo una era ninguna. Entonces el deseo disparó su arco. Y

la flecha del deseo partió la vida al medio, y la vida fue dos. Los dos se encontraron y se rieron. Le daba risa verse, y tocarse también” (“De deseo somos”). En esos trajines registró los regueros de las venas abiertas de América Latina, unas cuantas heridas, curadas a fuego lento o mal cerradas, que exhiben las cicatrices aquí y allá.

Exploró “esa suerte de cuarta dimensión”, que “erige el tiempo”, que es la extensa y densa memoria, que “no se incendia”, inagotable y siempre reelaborada, porque al fin y al cabo “Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos” y “El tiempo es la sustancia de que estoy hecho”, “es olvido y es memoria”, entrecruzando voces, versos y relatos en una conversación imaginaria en las orillas entre Borges y Galeano.

(IV)

Un nombre con Eco (19/02/2016, Facebook –Continuidades)

No quiero hacer una semblanza o una nota biográfica, que serían muy extensas y con fuertes marcas epidícticas, ni una nota necrológica pura y simple; simplemente reiterar la noticia de la muerte, lamentable sí, de Umberto Eco (1932-2016), ocurrida ayer 19 de febrero.



Las resonancias de Eco son muchas e importantes, dignas de registro y reconocimiento internacional; y, en parte de lo que me atañe e interesa, fue uno de los personajes más prominentes embarcados en la *aventura semiológica* y un destacado propalador de la Semiótica, a cuyo desarrollo contribuyó en gran medida (fue uno de los cofundadores de la Asociación Internacional de Semiótica en 1969) y cuya andadura propició con un sólido y prolongado trabajo de docencia e investigación, entretejido de múltiples voces

y referencias de distintos campos, por los que transitó y en los que podemos leer su obra (filosofía, estética y arte, literatura, cultura de masas, medios de comunicación...). Un trabajo y una obra que, en su propio taller y según su *modus operandi*, intervienen con cierta fuerza en el *despliegue de la semiosis*, que por esto mismo hace (casi) imposible el ‘olvido’, *metier* que le importaba y nos pre-ocupa, acaso el tipo de modesta mano que podemos dar al cuidado del universo y el mundo y la fructificación de las ideas, como quería Peirce.

Cuando lo vi por primera y única vez en Dresden (Alemania), durante el Congreso de la Asociación Internacional de Semiótica realizado en la universidad de esa ciudad en 1999, se le percibía ciertamente un halo público distante de “estrella” (dictó la conferencia inaugural y luego los asistentes fuimos invitados al brindis de honor en homenaje a Eco presidido por el alcalde), y es que en los ámbitos académicos, por eso de la *continuidad semiosférica* y la hibridación y contaminación de los campos sociales del mundo contemporáneo, también se da una suerte de sucedáneo del *star system* (los admiradores se acercan por el saludo, la foto y el autógrafo). Pero no son estos y otros posibles ecos del renombre (como la afabilidad en las conversaciones, disertaciones y charlas con los amigos, como Eliseo Verón) los que interesan ahora, sino la prolífica obra y el legado de un autor prominente y muy re-conocido por distintos tipos de públicos que accedieron a sus trabajos teóricos y literarios, sobre todo por *El nombre de la rosa*, un *best seller* del ’80, y en su versión cinematográfica, que puede leerse con una guía de Peirce en la mano desde el inicio y en contrapunto con Bajtín (por la intriga del libro perdido de Aristóteles sobre la comedia), en cuanto a la filosofía y la teoría de la cultura popular, la risa y el carnaval, el realismo grotesco y la tradición dialógica.

No voy a enumerar los diversos trabajos de Eco ni comentar las varias reformulaciones de sus ideas (i. e. desde la obra abierta a los límites de la interpretación y la sobreinterpretación, todo el problema de la lectura y el rol del lector –intérprete; o la misma concepción y los estudios del signo), que, como otros autores, invitan a recorrer sus textos móviles y nómades “históricamente”, para no cosificar e inmovilizar la letra en el momento de su emergencia. Tratados, manuales, ensayos, artículos, conferencias, entrevistas, notas, novelas... diversos géneros y varias disciplinas, en algunas de las cuales se confiesa “completamente realizado como filósofo y semiótico” y otras, como la literatura, como “un joven novelista”, que empezó su carrera literaria bastante tardíamente (rondando los cincuenta años, con la primera novela mencionada): “me considero, por lo tanto, un novelista muy joven

y ciertamente prometedor, que hasta el momento ha publicado unas cuantas novelas y publicará muchas más” (la última es *Número cero* -2015, sobre el mundo de los medios, los periódicos, la política y los negocios...); luego de *El cementerio de Praga* -2010, que podría leerse con algunos de los “textos de ocasión” que integran su volumen *Construir al enemigo* -2011).

En *Confesiones de un joven novelista* (2011, una serie de conferencias dictadas en EEUU) cuenta que comenzó a escribir novelas de niño, lo primero que se le ocurría era el título, inspirado en los libros de aventuras tipo *Piratas del Caribe*, y solía dibujar las ilustraciones antes de empezar a escribir el primer capítulo, pero que enseguida se cansaba y lo dejaba; de adolescente también escribió poemas; y *El nombre de la rosa* nació un poco por azar (no aceptó el pedido de una amiga, en nombre de un pequeño editor, cursada a autores de otras disciplinas sin experiencia en la novela, para escribir un relato breve de detectives; de vuelta en su casa encontró en su escritorio unas anotaciones del año anterior, que serían el germen de la novela) y poco porque “en un momento de mi vida sentí la urgencia de hacerlo <escribir una novela>”.

Pero el aire de familia de sus textos teóricos y de ficción no es tan casual, según declara Eco en las disertaciones: “Todo libro científico debe ser una especie de historia policíaca, el relato de la búsqueda del Santo Grial. Y creo que eso es lo que he hecho desde entonces en todas mis obras académicas” (desde la tesis doctoral sobre Tomás de Aquino). También admite que por entonces no se sintió frustrado porque su escritura no fuese “creativa”: “La diferencia <escritor creativo/ no creativo> reside más bien en las formas opuestas en que los escritores pueden reaccionar a interpretaciones de sus textos. Si yo le digo a un filósofo, a un científico, a un crítico de arte: ‘has escrito esto y aquello’, el autor siempre puede replicar: ‘No ha entendido mi texto. Decía exactamente lo contrario’. Pero si un crítico ofrece una interpretación marxista de *En busca del tiempo perdido*, diciendo que <...> la entrega total al reino de la memoria aisló necesariamente al artista de la sociedad, Proust seguramente estaría desconcertado con esta interpretación, pero tendría dificultades para refutarla”. Eco piensa que los escritores creativos “-como lectores razonables de su propia obra- tienen ciertamente el derecho a desafiar una interpretación descabellada. Pero en general, tienen que respetar a sus lectores, ya que, por decirlo así, han lanzado su texto al mundo como un mensaje en una botella”. Eco reconoce que luego de publicar una novela,

siente “en principio un deber moral de no desafiar las interpretaciones que hace de ella la gente”. Y aquí radicaría la diferencia entre “la escritura creativa y la científica”: “en un ensayo teórico, normalmente uno pretende demostrar una tesis determinada o dar una respuesta a un problema concreto, mientras que en un poema o una novela, lo que uno pretende es representar la vida con todas sus contradicciones. Poner en escena una serie de contracciones, haciéndolas evidentes y conmovedoras. Los escritores creativos piden a sus lectores que traten de encontrar una solución; no ofrecen una fórmula precisa”. Por esto también, Eco no se suma a los escritores que “dicen que solo escriben para sí mismos”, sino que, como todo discurso diría Bajtín, el suyo está destinado a alguien, no es monólogo sino diálogo. Y, finalmente, en la misma charla, sobre algunos rasgos de su escritura y la correlación con la lectura, admite que el uso de la “doble codificación” que le atribuyen (intertextualidad y metanarrativa) supone “una especie de complicidad silenciosa con el lector sofisticado, y que algún lector común, al no captar la alusión culta, puede tener la sensación de que se le escapa algo”. Pero cree que la literatura “no está pensada solamente para entretener y consolar a la gente. Pretende provocar e inspirar a leer el mismo texto dos veces, quizá incluso varias veces, para poder entenderlo mejor”, por lo cual esa técnica sería “una forma de mostrar respeto por la inteligencia y la buena voluntad del lector”

Y haciéndonos eco de sus propias palabras, una manera de respetar y recordar este nombre de autor sería frecuentar sus textos, re-leer sus ensayos y novelas, continuar algunas de las conversaciones que inició o prosiguió con seriedad, rigor y placer...

(V)

Borges: 24 de agosto de 1899 -14 de junio de 1986

Entre el instante y la eternidad -único, puro y continuo instante-, treinta años (de transitar los arduos senderos siempre bifurcados del recuerdo y el olvido, esas difíciles caras de la muerte entrevistas en recorridos laberínticos interminables) no es nada. En algunos instantes cruciales Borges habrá conjeturado una que otra intriga de su destino sudamericano, de ir deviniendo infinitamente otro(s).

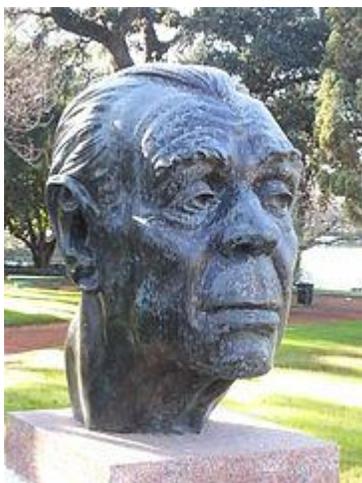


No siempre es baladí lo que un escritor puede re-crear a partir de la cuatro historias básicas fundamentales, ese número limitado de fábulas que somos capaces de imaginar (quizás una metáfora sugerida por los cuatro nombres: Jorge Francisco Isidoro Luis, y quién puede imaginar siquiera o vaticinar lo que se cifra en el nombre, acaso la memoria de los otros, los muertos que alguna vez fueron rostros y voces familiares y se evocan como herencia y tradición): “El universo requiere la eternidad. <...> la conservación de este mundo es una perpetua creación y los verbos conservar y crear, tan enemistados aquí, son sinónimos en el Cielo. <...> Es sabido que la identidad personal reside en la memoria y que la anulación de esa facultad comporta la idiotez. Cabe pensar lo mismo del universo. Sin una eternidad, sin un espejo delicado y secreto de lo que pasó por las almas, la historia universal es tiempo perdido, y en ella nuestra historia personal -lo cual nos afantasma incómodamente” (*Historia de la eternidad*).

Borges prefería enorgullecerse más por lo mucho que leía que jactarse por lo (mucho también) que escribió, probablemente porque sabía que el lenguaje no es simple ya que cada palabra es un símbolo compartido y puede postular el universo. Si los poetas y escritores no son otra cosa que unas palabras y el autor “es menos un hombre que una dilatada y compleja literatura”, Borges solo podría ser releído y reescrito una y otra vez en(tre) sus páginas re-



editadas, como una de las posibles metáforas o paradojas de la Argentina. Tal vez por eso es múltiplemente pero no unánimemente (por fortuna) re/conocido y (a)premiado, diversamente frecuentado y rechazado. *In between*, de estirpes, lenguas, países, culturas, historias, vidas y libros, “orillas” y “centros”, idas y venidas (desde y hacia Buenos Aires, figuración por metonimia y sinécdoque del país pensado y dicho por Borges; cuando regresó la primera vez en 1921 fue recibido por Macedonio, ese Otro para conversar sobre y con Borges), hizo de la biblioteca uno de sus ‘lugares’ emblemáticos (marcado en distintos momentos de su biobibliografía: la biblioteca del padre en la niñez; la Biblioteca Nacional, el comienzo de la gestión coincide con el inicio de la afección congénita de la vista).



Borges opera como todo gran innovador, que es capaz de alterar una que otra cosa y ciertos órdenes, como “Cada escritor [que] crea a sus precursores. Los crea y de algún modo los justifica”, y así además “Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro”. Los signos de Borges proliferan y derivan, se despliegan incesantemente, en las lecturas, las rondas de los dones que se le puedan conceder, y también en ciertas materialidades que convocan des/encuentros varios y diferentes itinerarios de representación e interpretación (un trecho de una calle de Buenos Aires, unas monedas con su efigie con motivo del centenario de su nacimiento, un busto en el Paseo de Los Poetas del Rosedal, un Centro Cultural, una tumba en el cementerio de Plainpalais, películas sobre él y basadas en sus cuentos, registros de archivos...).

Ciertas fechas –como nacimientos y muertes- se a/notan y perduran en los calendarios, (se) (re)vuelven insistentemente, a veces como (a)signatura pendiente. La muerte de Borges el

14 de junio de 1986 es una de esas que se apunta, entre otras razones porque su obra (se) apuntala con vigor (en) la literatura argentina y universal.